

## LA UNIVERSIDAD Y EL DESARROLLO DE AMÉRICA LATINA\*

Renato Dagnino  
Departamento de Política de Ciencia e Tecnologia – DPCT/unicamp  
[rdagnino@ige.unicamp.br](mailto:rdagnino@ige.unicamp.br)

**Resumo:** A universidade pública latino-americana vem se mostrando crescentemente “disfuncional”. Ela continua sendo uma parte de um sistema sócio-econômico marcado pela nossa condição periférica e em processo contínuo de auto-organização, mas cada vez menos atende aos interesses dos dois segmentos contraditórios que conformam esse sistema. Não serve nem à elite econômica e política, que a ocupa e controla, nem ao que se vem chamando movimentos sociais, que nela não podem entrar. Os atores políticos que nela se enfrentam - as lideranças docentes e discentes e aqueles que elas denominam de governantes obscurantistas e autoritários – pertencem ao primeiro segmento: à elite. Eles se opõem em muitas coisas, mas ambos discordariam do diagnóstico da “disfuncionalidade”. Garantem que a universidade é imprescindível para atender as demandas cognitivas contidas nos projetos políticos dos dois segmentos antagônicos da nossa sociedade. O fato de que a capacidade de acumulação da empresa prescinde atualmente das universidades (e dos institutos de pesquisa públicos) evidencia o lado empresarial da disfuncionalidade. Sobra para as elites apenas o status, decrescente, que passar por ela proporciona. Sobre a disfuncionalidade do lado da classe dominada, é redundante comentar as barreiras ao seu acesso à universidade pública, mas vale a pena indagar sobre a utilidade que poderia ter o conhecimento que lá se oferece num contexto de informalidade crescente como o que vivemos. Colocar o interesse dos movimentos sociais na agenda do enfrentamento surdo é uma tarefa urgente da comunidade de pesquisa de esquerda. Essa parece ser a única maneira de explicitá-lo e impedir que a universidade se torne ainda mais disfuncional.

**Palavras-chave:** universidade pública, Política de Ciência e Tecnologia, América-latina.

**Abstract:** The Latin American public university has been increasingly proving itself to be dysfunctional. It continues to be a part of a social-economic system marked by a peripheral condition and that is in a continuous process of self-organization. This, however, does not imply the encompassment of the interests of two rivaling social segments. Latin American public universities serve neither the economic and political elite by which they are controlled, nor the so-called social movements that have no access to them. Political actors involved in power plays inside the university all belong to the same segment (the elite). Although having quite a number of quarrels, they both refuse the idea that Latin American universities are dysfunctional. They believe that the role of universities in answering to the cognitive demands associated

---

\* Este trabajo tiene como origen una charla ofrecida a los profesores y alumnos de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Mantiene el tono coloquial de la presentación capturado de modo magistral en una materia elaborada por Rosana Errasti de la Oficina de Prensa y Divulgación Científica de esta Facultad. A ella agradezco, sin incriminar, el excelente trabajo que hizo, y que sirvió de base para la elaboración del texto.

to political projects of both the rivaling social groups is crucial. The fact that companies profits in Latin America are largely independent of universities and public research centers implies the productive side of the dysfunctionality. To the elite, all that is left is the status of having attended college. Regarding the dominated class' side of the dysfunctionality, it is redundant to comment on the obstacles to its access to public universities. However, it is worthwhile to question the utility of the knowledge offered there in a context of increasing informal employment.

To place the interests of social movements in the agenda is an urgent task for the left wing research community. This seems to be the only path towards avoiding a yet more dysfunctional university in Latin America.

**Keywords:** Public university. Science and technology policy. Latin American policy of Science and technology.

Si tuviera que hacer un diagnóstico la universidad pública en Brasil éste podría resumirse con la palabra disfuncionalidad. La universidad pública brasileña es disfuncional a la sociedad y al país, y esta disfuncionalidad es interpretada tanto desde la derecha como desde la izquierda.

Por una parte, la derecha en Brasil ve a la universidad pública como disfuncional al modelo neoliberal implementado desde finales de los ochenta. Un modelo de apertura económica indiscriminada, de desindustrialización, que no necesita de una universidad que haga investigación y forme recursos humanos calificados. Una condición característica de la situación periférica ha sido y es la débil demanda de conocimientos y recursos humanos generados localmente. Si esta situación ya se hacía sentir en relación con el modelo agroexportador primario y con el modelo de sustitución de importaciones, donde no cambió significativamente el problema, con más razón en el modelo neoliberal. Ese diagnóstico de disfuncionalidad desde la derecha tiene como acción política la pragmatización de la universidad y el consecuente recorte de todo lo considerado “innecesario”, que se manifiesta no solamente en la presión sobre los salarios y las condiciones de trabajo, sino también en un cambio de la función y reconocimiento que hoy ya no tiene la universidad frente a las elites políticas y del poder económico en Brasil. Para decirlo de una forma muy dura: las elites universitarias ya no logran convencer a las elites del poder económico y político de que el conocimiento, el saber y, por lo tanto, la investigación en la universidad pueden ser importantes para el futuro.

Durante mucho tiempo la comunidad universitaria ha logrado relacionarse con esas fuerzas de poder económico y político, permitiendo que la universidad exista de la forma que lo ha hecho hasta ahora en Brasil. Sin embargo esa vinculación hoy se

vuelve imposible. Los aliados que ha tenido la universidad pública, de una forma tácita o explícita, inclusive durante el gobierno militar, ya no son tales. El propio gobierno militar vio en la universidad una herramienta para su proyecto de Brasil “gran potencia” y estimuló varias áreas del conocimiento, sobre todo las áreas duras. Esta situación, entonces, de crisis, de disfuncionalidad, se puede resumir más o menos de esta forma: la universidad ya no es necesaria para que la clase dominante siga con su proyecto de acumulación; la universidad, en un país cada vez más dependiente desde un punto de vista tecnológico, sin proyecto nacional, es muy cara para no ser necesaria. Y es su alto costo y baja legitimidad que la ponen cada vez más indefensa frente a las amenazas de privatización.

Y el diagnóstico de la universidad desde la izquierda? La universidad pública en Brasil hasta los años '60 ha sido responsable de la mayor parte de la matrícula. A comienzos de los años '60, antes del golpe militar, la universidad pública era responsable del 70% de la matrícula de la enseñanza superior. Hoy lo es sólo del 30%. Ese número varía en algunos estados, sobre todo en los del nordeste donde han logrado presionar a sus dirigentes para que trajeran universidades federales del gobierno central. En cambio, los estados más ricos, como San Paulo y los estados más al sur, no han presionado al gobierno federal y de hecho el porcentaje de matrículas públicas en el estado de San Paulo es del 17%. Quiere decir, que el 83% de los estudiantes universitarios pertenecen al sector privado.

Por otra parte, de los jóvenes brasileños entre 18 y 24 años solamente el 10% va a la universidad. En los países desarrollados, como en Canadá, el 80% de los jóvenes en ese rango de edad está en la universidad. Estos datos dan una imagen de cómo la universidad en Brasil es elitista, o mejor dicho, es elitizada. Debo agregar que, si se puede hablar de calidad (una vez que el concepto que adoptamos es socialmente construido en los países de capitalismo avanzado) la universidad privada tiene muy baja calidad y no hace investigación; es una “fábrica de hacer diplomas”. Mientras que la gente que entra en la universidad pública, es decir que pasa el examen de ingreso, tiende a ser la que hizo la enseñanza primaria y secundaria privada, que en esos niveles es la mejor. Entonces se da la paradoja de que la gente con menos recursos está en las universidades privadas y los ricos están en la universidad pública.

Esa situación hace que también exista un diagnóstico por la izquierda acerca de la disfuncionalidad y es que la universidad pública no representa como en el pasado, una alternativa o posibilidad de ascenso social para la clase de menores ingresos, el ascenso social ya no ocurre vía la universidad. Además, es un hecho que a finales de los años '70 y comienzos de los '80 Brasil formaba 23 mil ingenieros al año y todos tenían empleo, incluso podían elegir entre más de un empleo al término de su formación. Hoy Brasil forma 14 mil ingenieros y esos jóvenes no tienen trabajo.

Si en el modelo de sustitución de importaciones existía la posibilidad, o al menos la meta, de que Brasil luego de sustituir importaciones pudiera también sustituir la tecnología necesaria para producir esos bienes, con el abandono de ese modelo toda la política científica y tecnológica y la política de investigación universitaria se ha visto sin rumbo. Se podría decir que hoy la universidad en Brasil no es funcional, es decir, no es necesaria ni para la clase dominante ni para la clase dominada.

Esta situación, sin embargo, no es percibida como tal por el movimiento docente ni por las fuerzas políticas de la universidad. Desde hace mucho la universidad viene perdiendo capacidad de convencimiento, viene perdiendo prestigio, legitimidad y fuerza política. Sin embargo, la manera como se pretende enfrentar esa crisis es lo que se conoce como una respuesta refleja. La comunidad universitaria sigue intentando convencer a las elites políticas y económicas de su importancia y necesidad, y se queja que el gobierno no la entiende, no valoriza la ciencia, que los empresarios son atrasados, no son patrióticos, no hacen investigación y no la demandan de la universidad. Es un discurso defensivo y como tal se agota en sí mismo, no genera un proyecto, ni un planteo hacia el futuro. Pareciera que la comunidad universitaria ha perdido la posibilidad de formular un proyecto alternativo que le permita ganar fuerza, apoyo y plantear algo distinto. Esta situación se agrava cada año y no tiene solución en el marco de un modelo de universidad como el planteado hasta ahora.

Sin embargo, los cambios que se puede visualizar a futuro nos plantea la pregunta sobre qué hacer con la universidad pública, cómo recomponerla, en qué dirección, con qué proyecto. Durante el gobierno militar sabíamos cómo combatir al enemigo, no es que nos resultara, pero al menos sabíamos qué hacer. Pero cuando

se fueron los militares y comenzó el gobierno civil, el movimiento docente quedó realmente desorientado y todavía está así. El contexto cambió y va a cambiar de una forma muy clara y se hace difícil prever cuál va a ser la reacción de la universidad, del movimiento docente ante esto. Durante el gobierno militar, una estrategia defensiva que desarrolló la universidad para preservarse fue aislarse del mundo político. Erigiendo la bandera de la calidad y insistiendo en criterios académicos de contratación y promoción ella lograba ponerse a salvo del autoritarismo y oportunismo de los regímenes militares. Pero ocultándose defensivamente detrás de las mamparas de la ciencia pura no prestó atención a la posibilidad de generar conocimiento relevante para su sociedad. Este fue un rasgo característico de la universidad brasileña y quizás de la universidad latinoamericana en su conjunto.

En la actualidad la universidad pública en Brasil orienta su investigación de una forma exógena, las agendas y los criterios de investigación son intentos de emular lo que se hace en los países desarrollados. Una imitación de lo que nosotros llamamos una “dinámica convencional de exploración de la frontera del conocimiento” pero que es en realidad un conocimiento cada vez mas monopolizado (la mitad de la investigación que se hace hoy en el mundo es hecha en las multinacionales). No hay conciencia en los investigadores brasileños de que pudiera haber otro tipo de ciencia y de investigación distinta de la que se hace por y para las empresas de los países desarrollados.

Todavía subyacen en el quehacer científico las ideas de neutralidad de la ciencia y determinismo tecnológico, como si la ciencia y la tecnología avanzaran por un camino lineal e inexorable, y la ciencia fuera universal y el concepto de calidad que de ahí emana debiera ser el único patrón de evaluación de la actividad de investigación. Estas ideas que todavía predominan en la universidad latinoamericana tienen raíces muy antiguas que se remontan al nacimiento de la propia ciencia, en el origen del capitalismo, que surgen en confrontación con la religión, criticando el pensamiento dogmático, sustituyendo la fe por el método. Pero si se mira con detenimiento lo que pasa en el campo científico se advierte que esa manera de pensar no tiene cabida. Ya no se puede hablar de ciencia y de tecnología, de investigación básica e investigación aplicada, como si se tratase de actividades o procesos separados; por el contrario, desde las últimas décadas del siglo XX lo apropiado es hablar de tecnociencia. Los criterios de locación y de temporalidad

utilizados hasta ahora para diferenciar ciencia básica de aplicada y ciencia de tecnología, ya no funcionan. Mientras el criterio locacional ubicaba a la ciencia básica en la universidad y a la ciencia aplicada o el desarrollo tecnológico en la industria, el criterio temporal indicaba que la ciencia básica no sirve para ahora sino para el futuro, en tanto el desarrollo tecnológico es para mañana.

Hoy las 20 empresas que más gastan en investigación en el mundo invierten más que Francia y Gran Bretaña, dos países líderes en muchos campos del conocimiento que junto con otros seis gastan el 90% de lo que se invierte en el mundo en investigación. La pregunta es: ¿esas 20 empresas hacen ciencia básica o ciencia aplicada? Una de esas grandes empresas tiene diez premios Nobel en su hoja de pago, mientras que Japón, para dar un ejemplo, ha tenido seis premios Nobel en ciencia, y sólo tres trabajaban en su país al momento de recibirlo. Lo que quiero decir con esto es que cada vez más la investigación que nosotros llamamos básica se hace en la empresa. Por lo tanto, el criterio espacial para distinguir ciencia de tecnología, ya no es verdadero. El criterio temporal tampoco funciona. Si uno mira la historia de las innovaciones desde comienzos del siglo XX, se va a dar cuenta que el tiempo que media entre la invención y la innovación o entrada al mercado de un producto, antes se contaba en décadas, después en años y ahora en meses.

La pregunta entonces es: ¿por qué continuar con la idea que debemos emular ese patrón de ciencia que, obviamente no es neutral, que sirve a las grandes potencias y está cada vez más monopolizado por las grandes empresas de los países ricos? Es claro que esta manera de producción del conocimiento está sesgada por los países ricos y las clases dominantes. Por lo tanto, los bienes que incorporan la tecnología más reciente jamás van a llegar a beneficiar al conjunto de la población de nuestros países. Es una falacia creer que esa manera de explorar la frontera del conocimiento puede ser funcional y adaptable para un proyecto de incorporación de la mayor parte de la población brasileña que está totalmente fuera, para no hablar del mercado, de los derechos de ciudadanía. Por supuesto, esta es una afirmación polémica. Sin embargo, hoy un grupo creciente de profesores e investigadores en Brasil está criticando a la comunidad científica porque aún parece no advertir esto.

Cuando en los países desarrollados se lanzó al mercado la computadora personal (PC), muy pocas familias tenían acceso a ella. Pero esto no fue un problema porque, en una sociedad con ingresos bien distribuidos y una economía en crecimiento, rápidamente esa PC se coló por toda la pirámide de ingresos y hoy prácticamente está en todas las casas de Estados Unidos. Eso por supuesto no pasa en países como los nuestros. De la misma forma que la izquierda latinoamericana ha criticado la idea de que tenemos que crecer para después distribuir, es muy ingenuo creer que esa manera de desarrollar el conocimiento puede servir a la gran masa de la población.

En Brasil, como en el resto de América Latina, hay una gran necesidad de satisfacer demandas materiales de bienes y servicios, que tienen que ver con infraestructura, telecomunicaciones, carreteras, alimentación, habitación, salud, etc. Lo que nosotros llamábamos en los años '70 necesidades básicas. Sin embargo, si se mira la orientación que ha tenido la exploración de la frontera del conocimiento, se puede ver que el conocimiento y las tecnologías disponibles para producir esos bienes y servicios se han estancado en el tiempo, no han sido rejuvenecidas con conocimiento nuevo. De tal forma, si hoy en Brasil se quiere producir casas o suministrar agua potable para satisfacer el inmenso déficit que tenemos, habrá que hacer pilas de ladrillos como la hacían los babilonios o canales como hacia los romanos. El “progreso tecnológico” se ha orientado, como es natural que ocurra en sociedades capitalistas, para atender a la demanda pudiente de los ricos de los países ricos. No se ha desarrollado conocimiento eficaz para lo que necesitan los pobres de los pises pobres. Y así con cualquier tecnología relacionada con la infraestructura y la producción de bienes y servicios. En todos los casos vamos a notar que son extremadamente ineficientes y ambientalmente desastrosas.

Sin embargo, la mayor parte de los profesores universitarios e investigadores acostumbran a decir que los problemas asociados a la satisfacción de las necesidades básicas son meramente políticos. No son tecnológicos y mucho menos científicos. La Argentina, por ejemplo, tiene la posibilidad de producir y produce comida para 700 millones de personas -según he leído-, tiene 40 millones de habitantes y 20 con hambre. ¿Hay tecnología para producir comida para todos los argentinos? Yo estoy seguro que no. Porque si la tecnología se produce de forma concentrada, la producción va a estar concentrada. Pongo otro ejemplo: en Brasil

vamos a tener que hacer una enorme aceleración de la reforma agraria. ¿Cómo se va a hacer, dividiendo la tierra y dándole a cada campesino una pala, un azadón y una bolsita de semillas? Por supuesto que no, eso sería condenar la experiencia al fracaso. Obviamente se necesita un patrón tecnológico distinto que permita al pequeño productor ser competitivo. Y ese paquete tecnológico no es el de Monsanto, no solamente porque es insostenible desde el punto de vista ambiental sino porque es inaccesible para el pequeño productor. Otro ejemplo: el 50% de los hogares en Brasil no tiene agua potable, ¿cómo se resuelve esto? ¿Basta con conectar todos los hogares a la red con una tubería de plástico, barata, para que cualquier familia pobre pueda comprarla? Nuevamente debo decir que no. Estamos hablando de millones y millones de casas, por lo que estamos obligados a resolver primero otros temas como: de dónde sacar el agua, cómo transportarla, cómo tratarla, cómo distribuirla, qué hacer con el agua servida, asegurarse que haya agua para todos. Todos estos son problemas que tienen un componente científico y tecnológico, que no solamente nos exige hacer investigación sino que, además, de una manera que no sabemos hacer y que no se hace en ninguna parte: investigación interdisciplinaria que trabaje por problema y no por disciplina. En definitiva, creo que el futuro contiene desafíos que, por primera vez, pueden hacer que la universidad brasileña no sea un lujo sino que sirva realmente a un proyecto.

Debemos intentar convencer a los investigadores, a los profesores, de que sí hay necesidad de una universidad pública de investigación en el futuro que la sociedad quiere construir. Hay que plantear una nueva política de alianzas de la universidad. La estrategia de persuadir a las elites políticas o económicas para que vuelvan a creer en la importancia de la universidad y de la investigación, tiene que ser cambiada por otra visión que busque aliados en la sociedad. Las elites políticas y económicas pueden pasarla muy bien sin la universidad, sin embargo, para satisfacer las necesidades básicas del conjunto de la sociedad, para agregar valor a las materias primas que producen nuestros países, se necesita conocimiento nuevo.

Por supuesto que Brasil, Argentina y todos los países de América Latina, no van a poder, ni es intención de ningún gobierno progresista que pudiera resultar electo, cerrar fronteras ni mucho menos. Vamos a tener que seguir viviendo en el mercado internacional, quizá con una actitud más agresiva en relación a los centros de poder internacional, la banca, etc. Yo creo que se presenta en el futuro para el



gobierno brasileño una oportunidad y una misión, que es justamente crear un bloque que nos permita tener una posición más firme en el mercado internacional frente a los grupos de poder. En lo que atañe al comercio propiamente dicho, en Brasil seguimos siendo un país exportador primario, seguimos siendo un país que exporta sus mercaderías con muy poca elaboración, con muy bajo valor incorporado. Y eso se debe en gran medida al hecho de que no hemos logrado desarrollar tecnologías que nos permitan dar cuenta de la especificidad de nuestro país, de nuestra riqueza natural, de nuestra minería, de nuestra biomasa, etc. Somos un país que todavía sigue colonizado; pero desde adentro, por nuestras elites con mentalidad de intermediarios coloniales.

La disfuncionalidad de la que he estado hablando va a continuar en tanto la comunidad universitaria se mantenga refractaria y “se haga la sorda”. Pero si ella se convence de algunas ideas básicas respecto de cómo la ciencia puede ser transformada, entonces hay una oportunidad de que la universidad pública en Brasil tenga un futuro brillante, que no sólo signifique la posibilidad de una buena educación a un número creciente de jóvenes. Pero las dificultades son muchas, porque cualquier intento de reorientar la agenda de investigación es visto por parte de la comunidad científica como una intervención perniciosa. Los temas de investigación son elegidos de una forma muy poco racional, sin participación; la política científica y tecnológica sigue siendo controlada de manera dominante por la comunidad científica y no ha habido posibilidad de traer nuevos actores para que participen de ese proceso. Esa situación lleva a un círculo vicioso en el que no se pueden ingresar nuevos temas y además se agrava por algo que es tradicional en cualquier universidad, la incomprensión entre los “inexactos” y los “inhumanos”. Todo esto debilita la capacidad de respuesta y de transformación de la misma comunidad de profesores e investigadores. Por lo que he podido ver hasta ahora en América Latina, la comunidad universitaria sigue dando respuestas reflejas ante una situación que ha cambiado profundamente.

Por parte de unos hay una visión simplista de la universidad. Ella es vista equivocada e ingenuamente como una arena más de la lucha de clases. La mayoría tiene una visión muy despolitizada de la universidad, porque alega querer evitar a cualquier precio el riesgo de la partidización. En definitiva, que el conocimiento no es politizable, es neutral, y nosotros tenemos que guiarnos por lo que hace Berkeley,

Standford, etc. Se dice que actuando de esa manera estaremos cumpliendo con nuestro deber. Pero muchos ya quieren deshacerse de esta postura de “cumplimiento”.

La cultura política de la comunidad científica en Brasil -y en Argentina creo que es igual-, tiene todavía una referencia importante en el marxismo. Y en una lectura posible de Marx, la ciencia y la tecnología son neutrales, siguen un camino inexorable. El motor de la historia es el avance de las fuerzas productivas; ese avance lineal e inexorable es el que mueve a la humanidad desde la esclavitud, al feudalismo, el capitalismo, el socialismo, el comunismo. El avance continuo de las fuerzas productivas es el que lleva al cambio de un modo de producción a otro. Esa lectura simplista, positivista, de la realidad, está todavía en el centro del pensamiento marxista. La izquierda sigue todavía entendiendo que la ciencia en sí misma es buena, en todo caso lo que puede ser buena o mala es la tecnología. Esa idea optimista, del problema de la naturaleza del conocimiento ya no tiene cabida. Pero sé que es muy difícil llevar esa discusión a la universidad justamente porque el pensamiento de la izquierda ortodoxa rechaza esa idea, no entiende que podríamos hacer otro tipo de investigación, podríamos explorar la frontera del conocimiento de otra forma.

Otro tema central en esta discusión es cómo se evalúa el quehacer de la universidad. Me parece cada vez más necesaria una forma de evaluación universitaria y científica alternativa. Las formas de evaluación tradicionales se centran en la “calidad”, pero ¿qué es la calidad? En los países desarrollados la sociedad emite señales de relevancia que indican lo que es relevante. Esa señal es percibida por la sociedad científica de una forma muy sutil, al punto que ella misma no se da cuenta que la recibe. Sin embargo, los campos de relevancia que emiten esas señales están ahí y la comunidad científica lo que hace es trabajarlos con calidad. Y calidad, en ese caso, es juicio de pares.

Cuando hablo de relevancia no estoy haciendo ningún juicio de valor. Estados Unidos en los años '80 llegó a gastar el 70% de los recursos públicos para investigación en el área militar. Sumado a lo que iba a energía nuclear y aeroespacial, eso llegaba al 85%. El restante 15% era para agricultura, salud, etc. Pero no hay ninguna duda que la población norteamericana (o el establishment que la representa) en aquel momento creía que eso era importante. Había una señal de

relevancia y los científicos hacían con calidad lo que era considerado importante. Por lo tanto, en los países desarrollados la relevancia es sustantivo, es necesaria, es ex ante. La calidad es adjetivo, no es necesaria, es ex post. La calidad, por lo tanto, no es universal, es socialmente construida. Nosotros que tenemos una situación y condición periférica donde las empresas no hacen investigación y el Estado y los movimientos sociales no demandan conocimiento, no emitimos señales de relevancia. Esto hace que la comunidad científica no escuche y, a veces, se haga la sorda.

La comunidad científica en los países desarrollados produce recursos humanos que van a ser empleados en las empresas para innovar. En EEUU, el 70% de los doctores que se forman van a la empresa privada a hacer investigación. Brasil está formando 40000 maestro y doctores al año, y solamente 3000 trabajan en las empresas locales haciendo investigación. Lo que quiere decir que si ese número aumenta 10% el año que viene tendremos una demanda adicional de 300! En una sociedad en la que no hay demanda de gente formada y que el criterio de calidad que usamos es totalmente absurdo, es obvio que hay una enorme necesidad de replantear esos criterios de evaluación y producir una nueva agenda de investigación.

Otra insuficiencia es la manera de hacer política. Muchas veces se dice por acá que la empresa no hace investigación, entonces la universidad debe hacer investigación y luego ponerla al alcance de la empresa. Pero si en Estados Unidos, del total del gasto de las empresas en investigación, solamente el 1% es utilizado para contratar investigaciones con la universidad (el 99% restante lo gasta intramuros), que se espera que pueda pasar en América Latina? En vez de seguir machacando con el mito de los parques, polos e incubadoras, es hora que se se use la realidad norteamericana para “entender” que significa relación universidad-empresa. La universidad no sirve a la empresa como productora de conocimiento intangible. Sirve como productora de recursos humanos que saben hacer investigación y que van a hacerla en las empresas. La realidad norteamericana cuestiona, además, la falacia de que las universidades se pueden autofinanciar vendiendo servicios o resultados de investigaciones a la empresa: solamente el 1% del “presupuesto” de la universidad norteamericana viene de esa actividad.

Hasta ahora, esas discusiones políticas sobre pensamiento estratégico, proyectos (qué investigación vamos a hacer, qué alumnos queremos formar, cuál es el rol de la universidad, etc?), no ocurren en los órganos de dirección de la universidad, en los consejos, en las congregaciones, en las reuniones de departamento. ¿Qué hacemos con nuestra representatividad política en la universidad? Todavía no hemos logrado que esas discusiones penetren esos organismos políticos. Al menos así ocurre en Brasil. Qué posibilidad tenemos de cambiar la gestión de la universidad si no es politizando en el buen sentido del término la vida universitaria. Y en la medida que esa politización gane cuerpo ahí vamos a ir cambiando. Yo no veo otra forma...

**RENATO DAGNINO** é Professor Titular no Departamento de Política Científica e Tecnológica da UNICAMP e tem atuado como Professor Convidado em várias universidades no Brasil e no exterior. Graduou-se em Engenharia em Porto Alegre e estudou Economia no Chile e no Brasil, onde fez o Mestrado e o Doutorado. Sua Livre Docência na UNICAMP e seu Pós-Doutorado na Universidade de Sussex foram na área de Estudos Sociais da Ciência e Tecnologia. Incorporou-se à UNICAMP em 1977, onde colaborou com o Prof. Rogério Cerqueira Leite na criação da primeira incubadora de empresas latino-americana - a Companhia de Desenvolvimento Tecnológico - e, a partir de 1979, com o Prof. Amílcar Herrera na criação do Instituto de Geociências e da área de Política Científica e Tecnológica da Universidade.